

LORENA ÁLVAREZ



PRIMERO MUERTA

ASESINOS DE MUJERES EN EL PERÚ

De esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, no puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Primero muerta. Asesinos de mujeres en el Perú
©2019, Lorena Alvarez

© 2019, Editorial Planeta Perú S.A.
Av. Juan de Aliaga 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima-Perú
www.planetadelibros.com.pe

Primera edición digital: Junio 2019

ISBN: 978-612-4431-67-8
Libro electrónico disponible en www.libranda.com

Este libro es para el compás que orienta mi vida.

Mi Norte: Malena, mi madre, por su coraje

Mi Sur: Luis, mi abuelo, por su disciplina

Mi Este: Nelly, mi abuela, por su rebeldía

Mi Oeste: Dan, mi hermano, por su corazón

Gracias por existir. Los amo.

AGRADECIMIENTOS

En este segundo libro tengo todavía más claro que, si bien es el nombre de una sola persona el que figura en la portada, todo se logra gracias al maravilloso trabajo de un gran equipo. *Primero muerta*, el proyecto que decidí emprender desde que terminé *No te mato porque te quiero*, ha sido un reto profesional y personal emocionante y, por momentos, aterrador. Necesité de mis dotes de reportera, un poco oxidados por tantos años especializada en la conducción, y realicé un trabajo especial con la palabra para hacer “llevarlos” los relatos y los perfiles de las feminicidas.

Quiero reconocer el estupendo trabajo de mis dos investigadoras, Maribel Figueroa y Diana Moncada. Sus aportes de fuentes y contexto fueron determinantes para que pueda contar las historias aquí narradas con la profundidad, seriedad y amplitud que requerían.

A mi editor, y ahora amigo, Víctor Ruiz Velazco con quien hemos vuelto a juntarnos en esta aventura de narrar y profundizar en las diferentes aristas del grave problema que representa la violencia de género. Qué haría sin tu profesionalismo y tu claridad para corregir mis textos sin anestesia. Le das forma a mi voz.

En Editorial Planeta, mi casa, gracias a María Fernanda Castillo por tu convicción, tu valor y tu feminismo; a Philippe Vergnaud, gracias por dejarme volar y escribir a mi manera. Al equipo de corrección, diagramación, el diseño increíble

de la portada, y a todo el equipo digital. No tengo más que palabras de admiración para su trabajo.

Cristina Puma de Making Connexion, genial gestora de prensa, especializada en promover la cultura y los libros. Es invaluable el trabajo que haces para difundir el trabajo de los escritores.

No quería hacer personales los agradecimientos, pero si hay dos personas que debo mencionar porque sin ellas este libro no existiría. Mi "mind coach", Igor Alegría. Más que transformarme, motivó mi evolución y me dio la fuerza para buscar mi camino, sin temor a reinventarme. Me reta, me desafía. Me demuestra que me merezco y puedo más. Ha habido tropiezos. No ha sido un año fácil pero su profesionalismo, experiencia y buena disposición son garantía de que me voy a levantar. Aunque se niegue a admitirlo, soy su mejor paciente.

Silvia Talavera, mi neuróloga. La conocí por casualidad tras un choque en la sala de emergencias porque estaba de guardia, y se volvió mi doctora de cabecera. Hoy ella supervisa toda la medicación que debo tomar para sanarme. La salud mental es un tema tabú y no debe serlo por eso quiero ser muy clara buscando inspirar a otras personas a que no tengan temor de pedir ayuda.

Tanto Igor como Silvia manejan mi estrés postraumático y mi trastorno de ansiedad generalizado. Gracias a ellos, este libro ha visto la luz a pesar de los días donde las horas fueron muy oscuras.

Quisiera mencionar a todos los que participaron de este libro, pero no se puede. Así que solo puedo decirles gracias por su talento, su lealtad y complicidad. Aquí sigo, navegando en este mar, con la frente en alto, la conciencia lim-

pia y la plena convicción de que obro correctamente de acuerdo a todos los cánones.

Y a ustedes, mis lectores, gracias por comprar este libro, leerlo y compartirlo. Combatir la violencia contra la mujer debe ser una lucha de toda la sociedad. Cada uno es capaz de cambiar su mundo.

PARA QUÉ SIRVE CONTEMPLAR EL HORROR

POR DIEGO SALAZAR

Voy a empezar por lo sencillo. O, al menos, por lo que es en apariencia sencillo. Los números. Los números, decimos muchas veces los periodistas, hablan por sí solos.

Estas son algunas cifras —frías y estremecedoras— que recorren *Primero muerta, asesinos de mujeres en el Perú*, esta impecable investigación de la periodista Lorena Álvarez:

- * Según datos del Ministerio Público, entre los años 2009 y 2018 han muerto 1201 mujeres víctimas de feminicidio en el Perú.
- * En el 2018, la justicia peruana dictó sentencia únicamente en cuatro casos de 140 feminicidios cometidos.
- * Entre el 2016 y el 2018, 500 niñas de entre 10 y 14 años han sido asesinadas luego de ser abusadas sexualmente.
- * En ese mismo periodo, 20 441 niñas, niños y adolescentes menores de 18 años fueron víctimas de delitos de abuso y actos contra el pudor.
- * En el Perú, cada día, cuatro adolescentes menores de 15 años quedan embarazadas.
- * Solo en la región de Apurímac, 4 de cada 5 mujeres sufre o ha sufrido de violencia de género.

Ante esos números, uno no puede evitar preguntarse ¿cómo es el país que permite que esto ocurra? ¿Cómo es su sociedad? ¿Qué piensan y qué hacemos los habitantes de un país donde esto es posible?

Por suerte para los lectores, la periodista Lorena Álvarez ha hecho el esfuerzo de recolectar unas cuantas respuestas. Son cifras también, y aunque son algo menos frías que las anteriores resultan igual de escalofriantes:

- * En el Perú, 3 de cada 10 personas cree que “el hombre cela a su esposa o pareja porque así demuestra que la ama”.
- * Un 57,4 % de los peruanos considera que una mujer debe primero cumplir su rol de madre, esposa o ama de casa y después realizar sus propios sueños.
- * Una encuesta nacional urbana de febrero de este año indica que el 47 % de los peruanos cree que la mujer es culpable si se pone una minifalda y un hombre la acosa.
- * Otro estudio, la Encuesta Nacional sobre Relaciones Sociales, revela que el 55,7 % de los peruanos (hombres y mujeres) creen que “el amor y la paciencia de la mujer, tarde o temprano, hará que su esposo o pareja deje de ser violento”.
- * Un último estudio, este realizado por la consultora en temas de diversidad e inclusión GenderLab señalaba que el 44,3 % de los encuestados consideraba que “las mujeres que descuidan a sus hijos merecen alguna forma de castigo por parte de su esposo o pareja”. Por su parte, el 27,1 % creía que “si una mujer le falta el respeto a su esposo o pareja, merece alguna forma de castigo”. Mientras que el 24 % opinaba que “un varón tiene el derecho a usar la fuerza para corregir a su esposa o pareja si ella coquetea con otros varones”.

Este es el escenario donde transcurren las terribles historias de horror que componen este libro. Como buena periodista, Lorena Álvarez sabe bien que los números y las estadísticas son una parte fundamental del paisaje, pero el cuadro no está completo, ni mucho menos, si no delineamos bien los personajes. Y aquí los protagonistas son un puñado de violadores y asesinos.

En este libro, Álvarez ha emprendido el camino más difícil. Ha optado por girar el foco. Si en *No te mato porque te quiero*, su libro anterior, la periodista relataba el calvario de la víctima, incluso el suyo propio, para intentar entender y explicarnos las mil y un trampas que el sistema de justicia peruano pone en el camino de las mujeres víctimas de violencia machista o abuso, esta vez ha optado por poner la mira en los victimarios.

Seis feminicidas cuyas historias sirven a Álvarez para, de nuevo, poner el dedo en la llaga y señalar las múltiples y variadas formas en que esta sociedad le falla a sus mujeres. Una y otra vez. A todo nivel. En una y otra instancia.

La próxima vez que sientan la tentación de pensar o decir “pero, ¿por qué no denunció?”, releen este párrafo que escribe Álvarez a propósito de César Alva Mendoza, quien en febrero de 2018 raptó, violó, asesinó y prendió fuego a una niña de once años:

En los archivos policiales constan varias denuncias de una de sus convivientes, una joven de apenas veinticuatro años a quien identificaremos por su primer nombre: Liz. Ella era golpeada, maltratada e insultada constantemente por César Alva, quien incluso le robaba su dinero para seguir drogándose. No tenía ninguna consideración por los hijos menores de Liz y la agredía violentamente en presencia de ellos, encarnando así la típica figura del hombre machista, misógino, abusivo e incorregible que solo sabe sostener relaciones tóxicas en las

que sus agredidas padecen terriblemente. Ella presentó múltiples denuncias en la comisaría Mariscal Cáceres de San Juan de Lurigancho, pero eso nunca le importó a César Augusto Alva Mendoza ni a la Policía, y él siempre regresaba para hacer lo mismo.

¿Por qué —nos preguntamos los lectores— la policía, la fiscalía, el sistema no hicieron algo contra Alva Mendoza? La periodista Lorena Álvarez tiene una respuesta. Habrá otras, muchas otras, a lo largo de las páginas de *Primero muerta*, pero esta es particularmente escalofriante y reveladora:

La primera cosa incomprensible es que el verdugo de Jimenita y otras mujeres mantenía una relación estrecha con los policías de la comisaría de Canto Rey. Entraba y salía de las instalaciones policiales como si fuera un policía más, jugaba pelota con ellos, a veces les lavaba sus carros y hasta los patrulleros. No era un vecino o empleado al servicio de los policías, era un delincuente reincidente, con denuncias graves y procesos vigentes, que debió haber sido denunciado por un fiscal provincial y detenido por la policía.

En el sistema de denuncias policiales, al que los efectivos policiales pueden acceder desde la computadora de la comisaría, César Augusto Alva Mendoza registra hasta nueve páginas que describen igual número de denuncias, incidentes o requisitorias. Pero, al parecer, en la comisaría de Canto Rey nadie advirtió ese prontuario. Y la omisión no es menor porque Jimenita, en ese verano del 2018, ingresaba a esa comisaría a tomar clases de pedrería como parte del programa de vacaciones útiles que organizaban ahí cuando el comandante Carlos Chávez Bravo Abraham era el jefe de dicha dependencia policial.

Eso ocurría en Lima, la inmensa capital peruana. ¿Qué ocurre en el resto del país? Álvarez tiene también una respuesta para esa pregunta.

En Andahuaylas —recuerden, esa ciudad donde 4 de cada 5 mujeres son víctimas de violencia de género— otra niña de 11 años corrió una suerte similar en mayo del 2019. Cuando sus padres cayeron en cuenta de su desaparición, corrieron a buscar ayuda de la Policía. ¿Qué ocurrió? Nos lo cuenta aquí Álvarez:

La pequeña de once años fue reportada ese mismo día como desaparecida. Según ha denunciado la familia, no encontraron apoyo y nadie hizo mayores esfuerzos por encontrarla. En la comisaría de Andahuaylas les dijeron que no tenían gasolina para mover un patrullero y salir en su búsqueda. No hubo refuerzos desde Lima ni funcionarios del Ministerio de la Mujer colaborando. El padre de Milán se sentía solo y desesperado buscando a su pequeña. El reloj corría y la evidencia policial para estos casos es contundente: las primeras veinticuatro horas son determinantes cuando de la desaparición de un menor se trata. Luego de eso, las posibilidades de recuperarlo prácticamente se diluyen.

Y así, una y otra vez.

Como bien relata Álvarez en *Primero muerta*, el Estado peruano ha sido lento e ineficiente a la hora de dotarse de las herramientas adecuadas para prevenir casos terribles como los de Dina, Cirila, Jimenita, Milán, Jhenifer, Eyvi, Rosa o Marisol; las víctimas de los seis asesinatos presentes en las páginas de este libro.

Pero no son solo las autoridades ni nuestras instituciones gubernamentales las que no se encuentran a la altura y tienen todavía mucho que aprender. Hay en *Primero muerta*, además del relato estremecedor y la crítica al sistema de

justicia, un sincero e inteligente ejercicio de autocrítica periodística. Álvarez, una periodista experimentada, conoce bien los entresijos de su profesión y no escatima reflexiones sobre la forma, tantas veces equivocada, en que los medios cubren casos como estos.

Piensen, por un momento, en cuántas veces han leído o escuchado hablar del “monstruo” de determinado lugar o que utilizó determinado instrumento para referirse a un asesino, o quizá a un violador. A propósito, escribe Álvarez:

La amplia literatura científica criminal respalda el concepto de no bautizar a los asesinos, menos aún demonizarlos pretendiendo darles una cualidad de «monstruo», asunto recurrente cada vez que un crimen horroroso nos golpea en la cara y destruye nuestra ilusión de mundo ideal. No son monstruos. No son seres malignos con poderes del más allá, salidos de abajo de la cama o de los cuentos de horror. No vienen de otro mundo. Son seres humanos de este mundo con una historia que debemos conocer y contar. Es nuestra obligación. No podemos resumir cada crimen a la frase hecha: «el machismo mata». Es obvio que hay mucho más que decir, investigar y analizar. ¿Cómo se volvió machista y misógino? ¿Está en su código genético? Es poco popular decirlo, pero no todos los machistas terminan matando mujeres. Las creen inferiores, estereotipan sus roles, pero de allí al feminicidio no necesariamente existe una línea recta que se pueda trazar.

Ocurre algo similar cuando la cobertura periodística parece regodearse en los detalles escabrosos de cada crimen. Los medios no suelen escatimar minuciosas descripciones de la manera en que el delincuente llevó a cabo su delito. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué conseguimos con ello?, se pregunta Álvarez:

La pregunta que rondó mi cabeza desde que sucedió el crimen de Juanita fue: ¿acaso el detalle con que narramos el caso de Eivy habría motivado a Esneider? Si bien eventualmente matará, como el asesino que es, quizá los medios, sin darnos cuenta, contribuimos a lo que se suele llamar «el manual del crimen».

La teoría nos dice que los medios no debemos ser una guía didáctica de cómo lograr cometer un asesinato, en especial de aquellos que involucran fuego y ácido. Lo discutí en un foro en México con periodistas de toda América Latina y planteé el ejemplo. Las representantes de Argentina y Colombia, donde los feminicidios así de atroces son más frecuentes, coincidieron. La forma en que cubrimos la noticia impacta en cómo atacará el siguiente feminicida, porque cada uno de ellos quiere ser especial y tener su firma, su sello personal. Todo el reconocimiento que les falta en la vida real se transforma en fama al cometer el feminicidio perfecto. De allí que ambos países ya cuenten con manuales para la cobertura en medios de comunicación de la violencia de género; y los medios peruanos, con ese propósito de autorregularnos, deberíamos implementar manuales similares.

Primero muerta no es un manual, y, sin embargo, haríamos bien los periodistas y, en general, todos los que participamos de la discusión pública en un tema tan urgente como el que tocan estas páginas, en aprender la valiosa lección que nos deja. Haríamos bien, como ha hecho Lorena Álvarez, en aprender la importancia que tiene contemplar e intentar entender el horror, no como una mera fuente de entretenimiento ni mucho menos para justificarlo, sino para, como sociedad, tomar decisiones destinadas a minimizarlo en la medida de nuestras posibilidades.

Es urgente. Créanme. O, mejor, dejen que Álvarez los convenza en las páginas siguientes.

I. FEMINICIDA:

Wilfredo Rodríguez Quispe

CASO: EL CANÍBAL DE PUNO (DINA Y CIRILA)

Wilfredo Rodríguez Quispe mata a una de sus vecinas, disecciona su cadáver y, tras desollarlo, usa la piel del rostro de su víctima como máscara. Pero no le es suficiente. Luego de cocinar una de sus costillas y comprobar que el sabor no es de su agrado, se la da a su perro y descansa plácidamente sin que en ningún momento pase por su cabeza la idea de huir.

Wilfredo tiene veintitrés años, es campesino y pastor de ganado. Su vida, hasta ese día, transcurría tranquilamente como un ratón de campo sin remecer la hierba bajo el sol de la puna. Entonces, mata a su vecina. Nadie podría haberlo presagiado. Wilfredo jamás dio signo alguno de ser, siquiera, una persona violenta. Por el contrario, era tímido y reservado. El sujeto mostrado en la televisión y periódicos es otro, tiene que serlo. No puede tratarse del muchacho que sus vecinos conocieron. Para ellos, él era un tipo común y corriente. Normal, acaso insulso. No sabían que esa era su verdadera máscara.

Wilfredo habitaba una cabaña en un remoto paraje puneño ubicado a más de cuatro mil metros de altura. Sin contar las llamas, alpacas, vacas y carneros que día a día llevaba a pastar, vivía prácticamente solo. Su padre, Martín Rodríguez Aguilar, es también pastor y ganadero como él. Pero a su familiar más cercano solo lo veía esporádicamente, cada vez que este iba a visitarlo desde la comunidad de

Kunurana Alto, donde tiene su casa, su vida. Su madre no existe. Mejor dicho, vive, pero es ella la pieza que falta en el rompecabezas incompleto que es la psiquis perturbada de este joven asesino.

Wilfredo solo conoce a la señora Laureana Quispe Cahuana por foto. Sabe que está viva pero nunca la ha visto personalmente ni ha hablado con ella. Frente a frente, jamás ha podido llamarla «mamá» o ha escuchado de sus labios que le diga «hijo» en su lengua, el quechua. No hubo abrazos ni canciones de cuna, pero no hay duda, es su madre biológica. Lo llevó en el vientre hasta dar a luz, pero eso fue todo. Nunca quiso cuidarlo. Desde que Wilfredo nació en el distrito de Santa Rosa, en la provincia puneña de Melgar, en febrero de 1996, fue abandonado por ella.

Laureana tiene una casa en Huancané, otra provincia de Puno. Wilfredo lo sabe porque su tío Valentín Quispe Cahuana, hermano de su madre y casi un padre para él, le ha contado desde muy niño que, tras abandonarlo, ella optó por rehacer su vida lejos de aquel hombre catorce años mayor que ella con quien tuvo un hijo que nunca quiso. Valentín también le ha contado que ella despreció a su padre debido a su apariencia física, específicamente por su baja estatura, que no supera el metro cuarenta y cinco, muy por debajo del promedio del hombre peruano: un metro sesenta y ocho centímetros.

Wilfredo Rodríguez Quispe estuvo al cuidado de su tío Valentín hasta que el joven partió al cuartel de Quillabamba, en el Cusco, determinado a enrolarse como conscripto en el Servicio Militar Voluntario. Después de su experiencia como recluta regresó cambiado, con mal carácter, antisocial y con un rencor que le emanaba del alma. Ya no quiso vivir ni con el tío ni con el padre, se fue hasta las montañas de Quishuara para hacer su propia vida en una choza construida de adobe e ichu, solitaria y alejada de todas las demás viviendas de aquel centro poblado. ¿Qué le pasó en el Ejército? ¿Qué sentimientos de rabia, frustración y aban-